

KARL SCHLÖGEL

UCRANIA, ENCRUCIJADA
DE CULTURAS

HISTORIA DE OCHO CIUDADES

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN
DE JOSÉ ANÍBAL CAMPOS

BARCELONA 2023



A C A N T I L A D O

www.elboomeran.com

TÍTULO ORIGINAL *Entscheidung in Kiew*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2015 by Carl Hanser Verlag, Múnich
© de la traducción, 2023 by José Aníbal Campos González
© de esta edición, 2023 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, catedral de Santa Sofía

ISBN: 978-84-19036-17-9
DEPÓSITO LEGAL: B. 19 731-2022

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *febrero de 2023*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

<i>Por vuestra y nuestra libertad. Prólogo a la nueva edición</i>	7
<i>La Ucrania europea. Una introducción</i>	11
Escribir en la <i>situation room</i> . Soledad	17
Adiós al imperio, ¿adiós a Rusia? Un intento de explicación	24
Hacerse una idea: descubrir Ucrania	60
Kiev, metrópolis	105
Ah, Odesa. Una ciudad en la época de las grandes expectativas	161
Paseo en Yalta	182
Contemplad esta ciudad: Járkov, una capital del siglo xx	201
Dnipropetrovsk: <i>Rocket City</i> a orillas del Dniéper y ciudad de Potemkin	231
Donetsk: urbanicidio en el siglo xx	252
Czernowitz: <i>City upon the hill</i>	297
Lvov: capital de la provincia europea	332
Una vez más Babi Yar, lugar europeo de memoria	351
La conmoción: pensar la situación de emergencia	366
DESPUÉS DEL 24 DE FEBRERO DE 2022	
¡Por vuestra y nuestra libertad!	375
Urbicidio: bombas sobre la «madre de las ciudades rusas»	378

Una ciudad que ya no existe	383
Era oriundo de Mariúpol	388
Desvalido antiputinismo: anatomía de una impotencia	393
El orden mental y el desorden del mundo	402
<i>Agradecimientos</i>	419
<i>Bibliografía</i>	421
<i>Procedencia de los textos</i>	441

POR VUESTRA Y NUESTRA LIBERTAD PRÓLOGO A LA NUEVA EDICIÓN

La niebla se ha disipado. Treinta años después de 1989 no hemos entrado en un largo período de paz, sino en un nuevo período de preguerras. La guerra que comenzó en la primavera de 2014 con la ocupación de Crimea por parte de Rusia ha llegado abierta y definitivamente a Europa. Un ejército de ciento cincuenta mil hombres proveniente de los cuatro puntos cardinales cruzó la frontera de Ucrania el 24 de febrero con la esperanza de someter y ocupar el país en una acción relámpago. Pero la toma de Kiev fracasó, el gobierno se mantuvo en pie y el pueblo ucraniano ofreció heroica resistencia. Los agresores rusos emplearon entonces toda su fuerza en conquistar completamente la región del Dombás para crear un paso terrestre hacia la península de Crimea y en destruir los medios de subsistencia de los territorios libres de Ucrania. Con ello se desató una guerra cuyo objetivo declarado es aniquilar el Estado ucraniano, someter al país y destruir su cultura. Había ocurrido lo que hasta entonces nadie se había atrevido a imaginar: misiles y bombas cayeron sobre las grandes ciudades, con ataques premeditados destinados a destruir barrios residenciales, infraestructuras e instalaciones de suministro de agua y electricidad, oleoductos, líneas ferroviarias y comunicaciones. Algunas centrales nucleares quedaron en los frentes de guerra. Una parte del pueblo ucraniano, millones de personas, mujeres, niños y ancianos, cruzaron las fronteras de los países vecinos en busca de refugio, en un éxodo como no se había visto desde finales de la Segunda Guerra Mundial. Ciudades de millones de habitantes sufrieron el aislamiento y la hambruna, los habitantes tuvie-

ron que guarecerse durante meses en sótanos y túneles del metro; ciudades y pueblos fueron saqueados, marcados por las huellas de un horror espantoso. Las acusaciones de la maquinaria de propaganda de Putin—en Ucrania se estaba produciendo un genocidio contra los rusos residentes en el país, el gobierno estaba formado por nazis adictos a las drogas, Ucrania debía ser desnazificada y desmilitarizada—eran tan absurdas como la monstruosa devastación causada por los invasores rusos, que sólo podrá repararse en muchas décadas. La Rusia de Putin se ha hecho culpable de crímenes de guerra y de crímenes contra la humanidad, y llegará el día en que tendrá que rendir cuentas y pagar el precio por ello.

Ha sido necesaria una guerra abierta y genocida para que se prestara atención a un país que había permanecido fuera de los focos de interés de Europa a pesar de la ocupación de Crimea, un hecho del que aún no nos separan ni diez años, y de los permanentes combates en la zona del Dombás. Contábamos y contamos con imágenes de ese campo de batalla llamado «Ucrania»: civiles asesinados al borde de las carreteras, imágenes de drones y satélites en las que podemos identificar a simple vista barrios residenciales y fábricas arrasados, fosas comunes. Es la hora de los correspondientes de guerra, que nos muestran en detalle los asedios, los bloqueos y avances de las líneas del frente, y nos mencionan las cifras de muertos y supervivientes. Nunca antes el mundo estuvo tan directamente conectado con lo que ocurría en las zonas de conflicto. El país que en tiempos de paz podíamos ir descubriendo poco a poco, ahora, en tiempos de guerra, lo percibimos en medio del *staccato* de las noticias de última hora. Es el ritmo que dictan las sirenas de las alarmas antiaéreas, las imágenes de un estado de excepción, del final de la normalidad en un país europeo normal. Las instantáneas de una catástrofe civiliza-

toria. La sociedad que una vez se reunió en Maidán se halla ahora en las trincheras, la vida cotidiana de los civiles ha sido sustituida por el día a día del estado de guerra. La imagen de un revolucionario *levée en masse* es más convincente que cualquier manual de historia.

Ucrania, encrucijada de culturas, publicado en 2015, presenta una suerte de exploración del país que, a raíz del ataque de Rusia en Crimea y en el Dombás, había acaparado de pronto la atención y alentado el examen de la historia de Ucrania y, sobre todo, de Rusia. Mi análisis de Ucrania no era un relato históriconacional, pues existen magníficos trabajos de los que me serví para documentar este libro. Más bien ofrecí un recorrido, una exploración de la geografía cultural, un paseo de un lugar a otro. Ese modo de proceder no sólo se debió al principio metodológico al que me atengo desde hace años de explorar y narrar la historia de ciertos lugares partiendo del lema de «en el espacio leemos el tiempo». Además me pareció el método más apropiado para experimentar y describir el carácter polifacético y heterogéneo de esa «Europa en miniatura» que es Ucrania. Las ciudades ucranianas constituyen el mosaico del que se compone Ucrania y al que debe su riqueza específica, no sólo la fractura y heterogeneidad que a menudo se considera un signo de su debilidad y su vulnerabilidad. Esas exploraciones resumidas en el libro reflejan el estado del país antes de la guerra, cuando experimentaba un proceso de redescubrimiento y reinención, y estaba liberando nuevas fuerzas a pesar de todas sus contradicciones y de la complicada herencia rusa. Esa Ucrania excarcelada, que hacía frente a su independencia y su libertad, ha sido alcanzada de nuevo por la guerra, pero las reivindicaciones de Rusia no restan legitimidad al proyecto de la nueva nación. Por el contrario, hacen más patente lo que se juega Ucrania si es anexionada por la fuerza de nuevo al im-

perio—sea ruso, soviético o postsoviético—: su existencia como nación soberana y libre. La destrucción y la devastación ocasionadas por la guerra que ha declarado Rusia muestran de un modo contundente lo que Europa perdería y la amenaza que supondría si Ucrania fuese sometida.

A las ocho ciudades mencionadas en el subtítulo de la edición de 2015 se le han añadido otros capítulos que no nos proporciona ningún libro de texto, sino sólo la cruda realidad. Los misiles lanzados contra Odesa o Járkov apuntan a ciudades europeas, nos apuntan a nosotros, y de nosotros depende tomar una decisión. Ya no podemos permanecer impasibles, aferrándonos a la ilusión de que el asunto no tiene nada que ver con nosotros. Cuanto más dura y larga sea la lucha contra la agresión rusa, más tendremos que prepararnos para asumir privaciones y sacrificios de cualquier tipo. Ya no podemos eludir la decisión que se ha tomado en Kiev: someternos u oponer resistencia.

La guerra nos afecta hace tiempo, ha penetrado hasta en los ámbitos más íntimos de nuestras vidas: en las discusiones familiares o en el círculo de amigos, en la evaluación de los pros y los contras de los compromisos que adquiramos con el país amenazado, en la ayuda que brindemos a los que han huido del país, en las reflexiones sobre lo que habrá que hacer cuando acabe la guerra. Tal vez Europa, que hasta hace poco parecía haber perdido la fe en sí misma, encuentre en la salvación de Ucrania y en la reconstrucción del país nuevas fuerzas para fortalecer su unión.

Junio de 2022

LA UCRANIA EUROPEA UNA INTRODUCCIÓN

No sabemos cuál será el desenlace de la pugna por Ucrania. No sabemos si el país conseguirá consolidarse frente a las agresiones por parte de Rusia o acabará claudicando, ni si los europeos, Occidente en general, la defenderán o la abandonarán a su suerte. Ni siquiera sabemos si la Unión Europea se mantendrá unida o se fragmentará. Sólo hay una cosa cierta: Ucrania ya no desaparecerá de nuestros mapas mentales. No hace mucho tiempo, esa nación y ese pueblo apenas existían en la conciencia colectiva. En Alemania, especialmente, estábamos acostumbrados a suponer que Ucrania era, de algún modo, «parte de Rusia», del Imperio ruso o de la Unión Soviética, una región en la que se hablaba una lengua que era una suerte de dialecto de la rusa. Con la llamada «Revolución de la Dignidad» en la plaza de la Independencia (Maidán),¹ y también con su resistencia a los intentos de Rusia por desestabilizar el país, los ucranianos han demostrado que esa visión ha quedado superada desde hace mucho por la cruda realidad. Es hora, por lo tanto, de echar una nueva ojeada al mapa para cerciorarnos otra vez.

O al menos eso es lo que me parece. Escribir un libro so-

¹ Hemos usado el término *Maidán* ('plaza') en las diferentes acepciones que han ido estableciéndose en la prensa escrita a raíz de los sucesos ocurridos en esa plaza entre noviembre de 2013 y febrero de 2014. El nombre proviene de *Майдан Незалежності* (o *Maidán Nezalézhnosti*), plaza de la Independencia, pero la voz ha pasado a designar a todo el movimiento proeuropeísta dentro de una Ucrania dividida tras la anexión de Crimea y de la región del Dombás a la Federación Rusa. Con esas acepciones las usa también el autor. Véase su aclaración en el capítulo «Escribir en la *situation room*». (*Todas las notas son del traductor*).

bre Ucrania no estaba previsto en mis planes vitales. Pero hay situaciones en las que no es posible hacer otra cosa, en las que uno se ve obligado a echar por tierra todos los planes e involucrarse. El golpe de mano de Putin en Crimea y la guerra que desde entonces se extiende por todo el este de Ucrania no me han dejado otra opción. Y no porque me sienta especialmente competente para hacerlo, al contrario: me he visto obligado a reconocer que uno puede pasar la vida ocupándose del este de Europa, de Rusia y de la Unión Soviética sin necesidad de tener conocimientos más precisos sobre Ucrania, y no soy el único en esta disciplina que se ha visto obligado a admitirlo. Más perdido aún estaba el público general: en los constantes debates de los medios de comunicación, el tema central casi exclusivo ha sido la Rusia de Putin, pero no considerada como sujeto y actor político, sino como la víctima que reacciona a las acciones emprendidas por Occidente. Se ha hablado poco con los propios ucranianos, se ha hablado, más bien, de ellos y de su país. Se deducía fácilmente que muchos de los que participaban en el debate no conocían el país del que hablaban, ni siquiera habían considerado necesario visitarlo. Mientras que a cualquiera se le ocurría decir algo sobre el «alma rusa», a otros muchos—especialmente a los alemanes, que ocuparon y devastaron Ucrania en dos ocasiones a lo largo del siglo xx—no se les ocurría nada mejor que repetir los clichés sobre los ucranianos como eternos nacionalistas y antisemitas. Uno sentía una especie de impotencia ante esa ignorancia pertinaz y frente a la presunción de considerarse más progresistas. Mientras que cada semana uno puede escoger en la televisión entre decenas de películas rusas—preferiblemente viajes a través de algún río o documentales históricos—, la televisión (pública), un año después de que Ucrania se convirtiera en el escenario de una guerra, aún no había

conseguido poner rostro a aquel país, un rostro que no fuera las imágenes de Maidán: ni un solo documental sobre Odesa, sobre la región del Dombás o sobre la historia de los cosacos, ningún recorrido por ciudades como Lviv (antigua Leópolis) o por Chernivtsí (Czernowitz), lugares con los que en Alemania—gracias a escritores del pasado y del presente—debería tener más familiaridad. Resumiendo: Ucrania siguió siendo un espacio en blanco en el horizonte, una *terra incognita* que a lo sumo nos proporcionaba un motivo de inquietud.

Este libro es un intento—el mío—de dar una idea de Ucrania. No es una historia al uso de ese país como las ya contadas y presentadas por otros historiadores en obras excelentes (las más importantes de las cuales se mencionan en la bibliografía). Tampoco intenta describir o comentar los acontecimientos que tienen lugar ahora mismo: esa labor ya la realizan—a veces con heroísmo—muchos periodistas y reporteros. Mi método para darme una idea reside en explorar las topografías históricas. El modo en que suelo presentarme a mí mismo la historia y la singularidad de un país o de una cultura pasa por recorrer los lugares y explorar los espacios. He descrito ese método en mi libro *En el espacio leemos el tiempo. Sobre Historia de la civilización y Geopolítica* (2003). Es posible «leer las ciudades», descifrarlas como texturas y palimpsestos, sacar a la luz sus estratos en una suerte de arqueología urbana que invita a hablar al pasado. Las ciudades son documentos de primer orden que pueden leerse y sondearse. A diferencia de lo que sucede en una perspectiva macrocósmica-global o en una microcósmica, las ciudades se revelan como puntos de máxima condensación de los espacios y la experiencia históricos.

El centro de este volumen lo ocupan retratos de varias ciudades ucranianas que son el resultado de esa suerte de

arqueología urbana. La mirada a ese nivel intermedio tiene ventajas incalculables precisamente en el contexto de una historia de Ucrania como nación definida no étnica, sino políticamente, un país cuyo territorio ha quedado marcado por la historia y la cultura de distintos imperios. Es precisamente lo fragmentario, lo particular y regional lo que define ese elemento tan específico de la formación nacional y estatal ucraniana. La lista de retratos urbanos aquí reunidos no está completa. ¡Cuánto me hubiera gustado dar cabida también, en este libro, a ciudades como Vínnytsia (Vinnitsa) o Cherníhiv (Chernígov), o también al mundo de la aldea ucraniana, tan terriblemente afectado por el Holodomor! Cuán importante habría sido visitar el raión de Uman o Drogóbich para descifrar allí las huellas visibles del *shtetl* exterminado durante la Shoah, lugares que fueron, en otro tiempo, el centro del judaísmo en el este europeo. También habría sido necesario cruzar la corona del dique de Dneproges, esa represa que es todo un icono de la modernización soviética. Sin embargo, a pesar de todas esas limitaciones, creo que los textos aquí presentados pueden abrir los ojos del lector ante la extraordinaria complejidad y riqueza de Ucrania. El estudio de este país limítrofe de Europa, de esta «Europa en miniatura», no ha hecho sino comenzar.

Los retratos de ciudades como Lviv (Leópolis o Lemberg) y Chernivtsí (Czernowitz) los escribí a finales de la década de 1980; los de Odesa y Yalta son del año 2000. Ya se han publicado en otros contextos, de modo que han quedado superados por los acontecimientos históricos; no obstante, preservan una perspectiva (y un cambio de perspectiva) que los hace en extremo reveladores: ciudades como Lviv y Chernivtsí formaron parte de nuestro horizonte en una época en la que la llamada Mitteleuropa, esa Europa situada más allá de Oriente y Occidente, había tomado la

palabra. Ucrania estaba entonces en el horizonte de Europa. «El centro se encuentra hacia el este», había expresado yo mismo en la década de 1980, aun antes de la caída del Muro de Berlín. Ahora, observando ciudades como Járkov, Dnipropetrovsk o Donetsk, comprobamos que la expansión de nuestra mirada hacia el este tendrá que proseguir en esa dirección. También de las descripciones de Crimea y Odesa puede extraerse un aspecto muy importante: la impronta imperial del espacio postsoviético, ese que en otra época perteneció a Ucrania, una impronta que nadie podrá suprimir por decreto de un día para otro, sino que seguirá ejerciendo su influjo aún por mucho tiempo.

Ucrania ha decidido recorrer su propia senda, así como defender la forma de vida que ha escogido ofreciendo resistencia a las agresiones de Rusia. El Maidán fue un levantamiento no sólo bajo la enseña de Ucrania, la bandera de color azul y amarillo, sino del estandarte azul de Europa, con sus estrellas doradas.

Para finalizar, un comentario de tipo técnico-editorial: los textos que abordan problemas ruso-ucranianos se enfrentan no sólo al dilema habitual que surge a la hora de trasladar al alemán los nombres de lugares y personas—la decisión de hacer una transcripción algo más amable con el lector o de recurrir a la transliteración científica—, sino también a la cuestión del idioma que se debe emplear para designar algo en un país tan marcadamente bilingüe: el ruso o el ucraniano. Era preciso adoptar aquí una vía intermedia entre los hábitos de lectura más comunes—para los que el ruso es la lengua dominante—y la leve ucranización que está teniendo lugar, sin necesidad de forzar esta última opción a modo de *affirmative action*. Hallar esa vía intermedia sin violentar a unos ni a otros no es labor sencilla. En lo que atañe a los comentarios adicionales, se ha prescindido en los textos ensayísticos de las notas a pie de página y de

las indicaciones bibliográficas. No obstante, el lector podrá encontrar la bibliografía empleada y citada en el apéndice dedicado a cada capítulo por separado.

K. S.

Viena, junio de 2015

ESCRIBIR EN LA «SITUATION ROOM». SOLEDAD

En tiempos de normalidad puede uno escoger las condiciones en las que escribe. Uno mismo determina el ritmo de trabajo, repasa el listado de la bibliografía que debe consultar, va armando un capítulo tras otro. Todo tiene su momento, es calculable y factible. Hay, en cambio, instantes y situaciones en los que es preciso echarlo todo por tierra y readaptarse, resituarse, ya que se quiere estar a la altura de los tiempos y recuperar el equilibrio. El ritmo con el que se planifica queda determinado entonces por los acontecimientos que llegan del exterior. Es preciso reaccionar a los mismos, ofrecer una respuesta, y no porque pretenda uno participar, hacerse oír o «alzar la voz», sino porque se siente afectado, y eso, de repente, lo abarca todo, también aquello en lo que uno ha trabajado toda una vida, y porque, en cierto modo, uno se siente herido. No queda más remedio entonces que rebelarse, ya que no podría hablarse de contraatacar. Una situación así se presentó a raíz de la masacre cometida contra los manifestantes de Kiev en la plaza de la Independencia, la Maidán Nezalézhnosti—a la que llamaremos, sencillamente, «Maidán», es decir, ‘plaza’—, y también a raíz de la desvergonzada mentira de Vladimir Putin cuando afirmó que no estaba teniendo lugar una anexión de Crimea, a pesar de que veíamos con nuestros propios ojos que era eso, precisamente, lo que estaba ocurriendo.

Situation room [‘sala de crisis’]: la expresión empezó a aparecer con suma frecuencia en algún momento del pasado 2014; al parecer se trataba de un formato conocido desarrollado por la CNN: «*You’re in the situation room,*

UCRANIA, ENCRUCIJADA DE CULTURAS

where news and information are arriving all the time. Standing by: CNN reporters across the United States and around the world to bring you the day's top stories. Happening Now [...] I'm Wolf Blitzer, and You're in the situation room». El origen de dicho formato se remonta a la *situation room* creada por el presidente Kennedy en la Casa Blanca: un centro de control donde toda la información recibida se recopila y se sintetiza en tiempo real para obtener una imagen de conjunto.

Cuando el mundo está tan próximo que nos impide hacer lo que nos habíamos propuesto, no todo cambia de repente, pero sí casi todo. Ya no es posible mantenerse ajeno a las noticias, más bien empieza uno a sentir una apremiante dependencia de ellas. Alguien como yo, que no ha claudicado en su reticencia a internet y se niega a estar disponible a todas horas, ha de familiarizarse en el tiempo más breve posible con las técnicas de la red si quiere estar al tanto de lo que ocurre. Y ya no por adicción a las imágenes o por matar el tiempo, sino porque de la siguiente noticia, del siguiente acontecimiento depende todo: que la espiral de violencia se haya detenido o continúe. Con cada segundo transcurrido, las catástrofes ya no son sólo concebibles, sino una realidad pura y dura. Uno se ve arrastrado a un torbellino de informaciones que, hoy en día, son infinitamente asequibles, infinitamente numerosas y variadas, que se contradicen o desmienten las unas a las otras. A dichas noticias les siguen los análisis que resumen los hechos, los comentarios, las distintas opiniones, y todo en un lapso mínimo, si bien nada de ello sirve como punto de partida en el que apoyarse o al que aferrarse, ya que los propios acontecimientos lo derogan y le toman la delantera. No obstante, y aunque uno se encuentre a miles de kilómetros de distancia, está allí, porque son miles los ojos emplazados en miles de puntos del espacio en el que transcurren los he-

chos: ahí está la ventana del edificio que hace esquina en el raión de Leninsky, en Donetsk, desde la cual se tiene una vista panorámica del cruce de una calle donde se desenvuelve la vida cotidiana de la ciudad ocupada; por allí pasan los vehículos blindados, pero también se construye un carril para ciclistas, mientras que, al fondo, se oyen los impactos de las granadas. Ahí están las imágenes tomadas en los sótanos ahora convertidos en refugios antiaéreos, y las conferencias de prensa de los *warlords* que han tomado posesión de los despachos de los oligarcas. El director provisional de la Ópera de Donetsk concede entrevistas sobre el repertorio actual, y un sociólogo forzado a abandonar su universidad ofrece un último diagnóstico sobre las fracturas sociales en la ciudad: autopsia sociológica desde un territorio en guerra. Todo eso llega a mi gabinete de trabajo a través de los canales más disímiles: las cadenas de la televisión rusa, ucraniana u otras; los periódicos que es posible leer en la red: *Donetsk Times*, *The Kharkiv Times*, *Kyiv Post* o el moscovita *Novaia Gazeta*. Uno puede seguir simultáneamente, en varios programas de debate, las reflexiones sobre los acontecimientos: el moderado por Savik Shuster en Kiev, en ruso y ucraniano; los de la cadena Dozhd en Moscú, un canal de televisión por cable que—asombrosamente—todavía funciona; las entrevistas en Echo Moskv y los infinitos debates de las emisoras alemanas, que siguen casi todas el mismo ritual—en Alemania, un país que, por algún motivo, sigue sin darse cuenta de lo que está ocurriendo realmente en Ucrania—. Imágenes, cartas, comentarios, desmentidos: todo confluye en este gabinete de trabajo en el que, en circunstancias normales, se trabaja en libros que abordan la historia de esos espacios de donde ahora nos llegan las noticias. Uno sabe entonces que jamás podrá mantener el paso, que ya no podrá aportar de inmediato—quizá por mucho tiempo—

UCRANIA, ENCRUCIJADA DE CULTURAS

nada que contrarreste la fuerza gravitatoria de la costumbre, la ignorancia, los prejuicios que se retroalimentan y se propagan por todas partes. Se experimenta una sensación de impotencia infinita. En la *situation room* a la que llegan las noticias y las imágenes de Ucrania—y, sobre todo, de las zonas de combate—, resulta difícil mantener la cabeza fría y controlar los nervios.

«Desestabilización» no es un concepto abstracto. La desestabilización que practica Rusia va dirigida contra «el poder» y «la soberanía de un Estado». Pero, en realidad, la desestabilización busca minar todo aquello que permanece intacto en el bando contrario agredido, su sociedad o, más exactamente, sus gentes. La desestabilización de una nación o de una sociedad significa, en última instancia, acabar con las personas. Poner de rodillas a un Estado significa poner también de rodillas a sus ciudadanos. Forzar la capitulación de un gobierno significa obligar a someterse a quienes lo han elegido y, a su vez, obligarlos a aceptar el sometimiento. El control sobre la escalada de un conflicto no es algo que se imponga contra una instancia abstracta como el Estado, el Ejército o un gobierno concreto, sino que constituye una imposición *ad hominem*. A alguien se le dictan ciertas reglas, a alguien se le impone una voluntad, a alguien se le da un ultimátum y debe responder de un modo u otro. Eludir un conflicto que a uno le imponen desde fuera es posible, por supuesto: puede recurrirse a la indiferencia, la apatía, al cinismo o a una actitud derrotista, magnitudes y posturas que han sido cruciales en el actual conflicto en torno a Ucrania. En el pasado fueron a veces decisivas: promovieron guerras, las desataron, pero en ningún caso las evitaron.

En la *situation room* no cabe relajarse. Las noticias de última hora llegan las veinticuatro horas del día. Aquí rige otro tiempo. Los acontecimientos exigen comentarios o

intervenciones para los que uno apenas se siente preparado. Como historiador de oficio, uno se ocupa más bien de la *longue durée*, de una secuencia de hechos concluidos. La competencia propia atañe a asuntos del pasado y de la historia, pero no sabe moverse a la velocidad de los tiempos. Quien está a la altura de los tiempos es el hombre de acción, el que comanda los tanques y da la orden de avance, el que genera la siguiente noticia de última hora. Esa figura no se detiene en explicaciones, éstas llegan *post festum*. El único que puede estar a la altura de un hombre de acción es quien se enfrenta a él; pero a éstos—con excepción de los ucranianos obligados a combatir—no se los ve por ninguna parte. Los nuevos medios posibilitan que nos mantengamos al corriente y recibamos un suministro de imágenes en tiempo real, de modo que podamos seguir casi sin fisuras los desplazamientos de los frentes, la toma de lugares, la voladura de puentes y líneas del ferrocarril. Google Maps y los sistemas de información por satélite lo hacen posible: reconocemos en las imágenes la avenida principal de Donetsk, el estadio de fútbol, el parque de la cultura, el aeropuerto (entretanto reducido a cenizas). Hacemos un zoom para aproximarnos a un paisaje estepario a través del cual discurre la autovía europea número 40 y ver los campos sobre los que se estrelló el avión de pasajeros de Malasia. Sobre el escritorio, en mi gabinete de trabajo—donde normalmente yacen los mapas en los que localizo los escenarios históricos—, hay ahora mapas sobre los que se puede navegar por los actuales territorios en guerra: Górlivka, Yenákievo, Torez, Debáltsevo, Artémivsk (actual Bajmut) y otros. Podemos seguir el curso de las acciones de guerra, marcar el desplazamiento de los frentes. Leemos en los blogs los mensajes y cartas enviados desde allí sobre lo que está pasando en los sótanos, en las cárceles. De ese modo, uno se convierte en mero testigo ocular o auditivo, el invi-

tado que observa detrás de una valla una lucha que otros deciden y pagan con su vida.

En la *situation room* uno se encuentra solo. A partir de la avalancha de imágenes y noticias uno se ve forzado a hacerse una idea propia, y cada cual lo hace a su manera. El mundo de las certezas se desmorona. La capacidad de juicio se ve tan exigida que uno llega a desear no tener que quedar expuesto jamás a semejante prueba. Las granadas que hacen trizas los paisajes urbanos también destruyen las descripciones de éstos. El presente te impide ocuparte del pasado como corresponde: desde la distancia. ¿Cómo es posible, en tiempos de guerra, detenerse en la colina de Kiev sobre la que se alza el monasterio de las Cuevas y dejar vagar la mirada sobre el Dniéper sin caer en el *kitsch*? Describir una ciudad en época de bombardeos es absurdo. Es el turno del reportero de guerra o, mejor aún, del fotoperiodista desde zonas en conflicto. Detalles normalmente insoslayables suenan ahora a cháchara ociosa, están fuera de lugar, son impertinentes. No estamos acostumbrados a ser testigos oculares de situaciones peligrosas. Jamás aprendimos el oficio de describir una batalla. Nosotros, observadores y comentaristas a distancia, nos hemos vuelto superfluos. Durante mucho tiempo las opiniones nos han dividido en bandos estables que respetaban mutuamente los preciados clichés del otro, pero tal equilibrio se está desintegrando, y cada cual ha de tomar posición ante la nueva situación. Y ese nuevo posicionamiento implica nada menos que cada uno deba tomar nuevas decisiones. Es un proceso individual, molecular. No es la sociedad la que se repositiona al verse confrontada con una nueva situación, la elección recae en cada individuo. La estructuración de un mecanismo de defensa contra una guerra atizada desde el exterior va precedida de un largo y tormentoso período de desestabilización, fragmentación y atomización. La desestabili-

zación es una forma de tránsito hacia otra Europa. ¿La soportaremos, la sufriremos? Quizá todo haya sido superado por los hechos en el momento en que este libro vea la luz. Serán, entonces, apuntes de ayer.